

ANDRÉS-GALLEGO, JOSÉ
El Motín de Esquilache, América y Europa.
 Madrid: Fundación Mapfre, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (*Biblioteca de Historia*, 53) 2003, 799 pp.

El motín de Esquilache es un acontecimiento de la historia de España que ha hecho correr ríos de tinta, y desde los mismos días de los sucesos de marzo de 1766 no ha cesado la discusión sobre los móviles y los responsables del alzamiento. Los historiadores no se han puesto de acuerdo sobre si el motín estuvo o no instigado y han aventurado diversas hipótesis. Pero, a juicio del autor, nadie se ha planteado la posibilidad de que las causas aducidas hasta ahora no fueran alternativas, sino con causas, que es la hipótesis que defiende el autor en este libro y trata de exponer a lo largo de sus páginas, analizando la política de Esquilache y el descontento que suscitó en todos los grupos sociales.

Al socaire de las malas cosechas que se suceden en los años 1763-65 traza unas pinceladas sobre la escasez de pan y el descontento popular que provocan, y presenta lo que sucede en Córdoba, Salamanca y Segovia como un antecedente a los motines de 1766. Para evitar el desabastecimiento y controlar la subida de los precios, el Gobierno cuenta con dos instrumentos: los pósitos o almacenes municipales de grano y la tasa oficial del precio del grano. Pero la tasa, además de no cumplirse, favorecía el almacenamiento de los granos a la espera del tiempo en que la demanda era mayor y el precio más alto. Para superar este problema se pensó que el mejor remedio era la liberación del comercio interior de granos, que se decretó el 11 de julio de 1765. Pero su publicación en un momento de recelo, ante la perspectiva de que la próxima cosecha fuera mala, incitó aún más al acaparamiento y, por tanto, a la subida de los

precios que era lo que se quería evitar. Las autoridades locales impidieron la libre circulación de los granos dentro del territorio nacional en contra de lo dispuesto en la pragmática, y con la escasez se multiplicaron los clamores y las protestas del pueblo, que los ayuntamientos trataron de solucionar como pudieron. Incluso en diciembre de 1765 la gente de Madrid ya gritaba al rey: «danos pan y muera Esquilache».

¿Por qué tanta inquina contra el ministro italiano? El pueblo de Madrid, a pesar de su preocupación por organizar la limpieza de la ciudad y hacer «de la corte más puerca del mundo la más limpia que se conoce», estaba descontento por la cobranza y actualización de la regalía del aposento, por la escasez de pan y por su interés en que la prohibición de las capas largas y del sombrero chambergo se cumpliera en la Corte, lo que acentuó el malestar de la gente pocos días antes de estallar el motín.

El clero también odiaba a Esquilache por las disposiciones que afectaban a la economía eclesiástica: cambio de la forma de administrar el excusado o casa mayor dezmera, gravamen sobre los bienes que adquiriesen los eclesiásticos (según había dispuesto el concordato de 1737), intentos de controlar la amortización eclesiástica..., medidas sobre la disciplina eclesiástica y la comunicación con Roma (*exequatur*), etc. Esta política regalista, aunque no puede atribuirse en exclusiva a Esquilache, fue suficiente para causar un profundo malestar entre los eclesiásticos, como prueba el memorial que el obispo de Cuenca envió al confesor regio el 15 de abril de 1766, en el que acusaba al gobierno de la persecución que sufría la Iglesia, «saqueada en sus bienes, ultrajada en sus ministros y atropellada en su inmunidad».

Pero la política fiscal de Esquilache afectó a los intereses de muchos, no solo de los clérigos. Se encontró con un sistema hacendístico que parecía una torre de Babel

por su complejidad y defectos de administración, y se propuso organizarle. Primero, reorganizando las rentas; segundo, recuperando lo enajenado; tercero, seleccionando mejor el personal de Hacienda, pues de nada servía cambiar el sistema sino mejoraba el personal; cuarto, delimitando las jurisdicciones fiscales y la consiguiente inspección; y quinto, procurando que los impuestos se pagasen en efectivo y lo antes posible. Aunque los resultados no fueron revolucionarios y sólo se empalmó con el progreso que se había logrado en la época de Ensenada, este celo impositivo provocó un malestar generalizado. Por supuesto, también se ocupó de la reforma de las haciendas municipales, del fomento de la riqueza y del comercio de España e Indias, así como de la construcción de nuevos caminos que hicieran posible la articulación de un comercio nacional.

La política fiscal de Esquilache pronto levantó un clamor generalizado contra su persona, como antes había sucedido en Nápoles, y en 1765 ya sonaban mueras contra el ministro. Pero fue en América donde los motines propiamente fiscales se manifestaron por doquier y, de forma especial en Quito, donde los tumultos se sucedieron en la segunda mitad del año 1765. Estos sucesos tuvieron enorme importancia, porque provocaron una reacción en cadena en América y tuvieron gran eco en España, haciendo crecer el malestar contra Esquilache «que ha perdido España y las Indias».

Por otra parte, la participación de España en la Guerra de los Siete Años y su posterior derrota causó una frustración y mantuvo vivo el recelo y el temor de un nuevo enfrentamiento con Portugal por la colonia de Sacramento y con Inglaterra por el pago de la indemnización por el rescate de Manila. Y estos sucesos, en vísperas del motín, no hacían más que azuzar las voces que clamaban contra el ministro por la pérdida de las Indias y la precariedad del

Ejército, que desde 1763 dependía de su ministerio. Se completa el cuadro con la xenofobia que se manifestó contra el ministro («Viva el rey, muera Esquilache»), los extranjeros que ocupaban cargos de gobierno y la guardia valona.

La aristocracia tampoco tenía simpatía al ministro italiano. Como había hecho en Nápoles, al llegar a España impuso una reforma profunda en la Casa Real con el fin de racionalizar los cargos, disminuir los gastos, debilitar el poder de la nobleza y aumentar el suyo. Tanucci aplaudió la reforma por el ahorro que traería, pero anunció que levantaría ampollas entre los nobles que se habían acostumbrado a vivir a expensas del rey. Pero el esfuerzo del ministro por controlar nuevas parcelas de poder no acabó aquí, sino que intentó encargarse de otras secretarías o coordinar la acción de todas, celebrando una junta de ministros todas las semanas para concertar la actuación en los asuntos más importantes que cada uno debía despachar con el rey, lo que le permitió intervenir en los negocios de las Indias con cierta amplitud, porque Arriaga se plegaba a sus insinuaciones. Ante la acumulación de tanto poder, las acusaciones de venalidad y nepotismo no se hicieron esperar, a la vez que le responsabilizan del gobierno despótico que se practicaba. Despotismo que para muchos era inadmisibles por principio, no porque atentase contra los derechos del pueblo sino de la aristocracia. Y esto es lo que explica el malestar de la aristocracia con la política de Esquilache y su intervención en el motín, reclamando un gobierno de españoles frente a la extranjería que se había implantado con los Borbones.

Se ha hablado mucho de los enfrentamientos entre golillas y manteístas en el gobierno, pero se olvida con frecuencia el enfrentamiento de golillas contra algunos gobernantes, como sucede con Campomanes frente a Esquilache. Aunque el italiano

le aupó a fiscal del Consejo, pronto chocaron, porque el primero defendía a ultranza las prerrogativas del Consejo y esto le enfrentó con el Secretario de Hacienda por el control de las haciendas municipales, sobre todo por el problema del abasto de granos en los años de carestía.

En los días posteriores al motín algunos diplomáticos extranjeros informan a sus gobiernos que los responsables del motín contra Esquilache han sido el cónsul francés Beliardí de acuerdo con Grimaldi, con el fin de acabar con el único ministro que ponía freno en el gobierno a los proyectos franceses para aprovecharse de las riquezas españolas a socaire de los privilegios comerciales que le concedía el Pacto de Familia. Pues para Choiseul España, aunque era un país pobre que abastecía de materias primas a los franceses y compraba sus productos, poseía un gran imperio que había que procurar que pasase al monarca francés para defenderlo y explotarlo como merecía. En consecuencia, o los españoles se entendían con los franceses (y esto es lo que deseaba Belardi) o había que suplantarles en el control de América y Filipinas.

Los problemas y ambiciones de galos y españoles no se ceñían a las Indias, sino que también se referían a Europa y al sistema de alianzas que permitían ganar algunos territorios en Italia o parcelas de poder al firmar tratados con el Imperio. Incluso los países enemigos de España no dudaban en apoyar a los corsarios berberiscos para entorpecer el comercio hispano-italiano y, en concreto, el intercambio de cereales entre las dos penínsulas en los años de carestía que afectaron a Nápoles y España, lo que se complicó con el problema del contrabando, que paradójicamente tutelaban los tratados internacionales suscritos por España, y que Esquilache trató de remediar para que los franceses no hicieran lo que quisieran, exigiendo la práctica de la visita de fondeo. Ante la protesta francesa,

Grimaldi les dio la razón, consiguió el apoyo del monarca y Esquilache tuvo que ceder. Esto sucedía en febrero-marzo de 1766. Como se ve, Esquilache era el único ministro que plantaba cara a los proyectos expansionistas franceses. Era lógico, por tanto, que trataran de quitarle del medio para dejar el camino expedito a sus ambiciones, secundadas en cierta manera por el francófilo Grimaldi.

Después del motín de marzo de 1766, los cambios de gobierno que se producen en abril favorecen los deseos de Campomanes de reforzar el poder del Consejo de Castilla con el nombramiento del conde de Aranda como presidente del mismo para acabar con los ecos que el motín de Madrid continuaba suscitando en el resto de España, y también para conseguir la derogación de las capitulaciones que el rey había acordado con los amotinados. A las cuatro clases que articulaban la sociedad madrileña se pidió que solicitasen la anulación de lo otorgado por el monarca y mostrasen su arrepentimiento, y así lo hicieron. El 23 de junio eran derogadas todas las concesiones hechas por el rey el 24 de marzo. También se inició la pesquisa para averiguar quiénes habían sido los responsables del motín, y pronto estuvieron los eclesiásticos en el punto de mira, de forma que el embajador francés no dudó en afirmar que los conspiradores fueron los eclesiásticos, que aprovecharon el odio universal que existía contra Esquilache para acabar con la política fiscal contraria a los intereses del clero.

Pero la acusación contra el estamento eclesiástico como causante del motín no toma cuerpo, aunque aparezcan muchos implicados, y cada vez se apunta con más fuerza contra los Jesuitas. No hay que olvidar que desde algunos años atrás en los círculos de poder se presentaba a los regulares como enemigos públicos del Estado, siendo los Jesuitas los más odiosos y los que

salían peor parados. Eran acusados de ser los esbirros del Papa, emisarios de Roma, agitadores de los pueblos, responsables de latrocinios y contrabandos, apoyar la sedición y el tiranicidio, afán de poder, explotadores de las Indias e intento de constituir un reino jesuítico en América, doctrina laxista... En fin, que la Compañía por su naturaleza intrínseca se oponía a los derechos de la soberanía. Para acabar con el peligro jesuítico, Portugal les expulsa en 1759, Francia hace lo mismo en 1764 y en España se comienza hablar de ello a finales de 1759, aunque no se llevó a cabo hasta la primavera de 1767, con el pretexto del dictamen de Campomanes, en el que les acusaba de ser los instigadores del motín y de las sátiras y pasquines posteriores. Por fin suena el «delenda est Cartago» y Tanucci informa a Grimaldi como ha explicado al joven monarca de las Dos Sicilias las causas del extrañamiento, a fin de prepararle para su expulsión en este Reino, que se decretó el 31 de octubre.

La expulsión se hizo con la mayor cautela y en España no suscitó revueltas populares, cosa que sí que sucedió en algunas zonas de América. A la expulsión siguió la represión o marginación de las autoridades civiles y eclesiásticas que les habían apoyado y, sobre todo, sirvió de aviso de mareas para los enemigos del regalismo, que se acentuó en los años siguientes.

El libro finaliza con unas páginas en las que se pregunta por la responsabilidad última del motín. ¿Fue el duque de Alba? ¿Y Aranda, Roda, Osma, Campomanes y Beliardí? ¿Y los Jesuitas? Como es lógico no responde a estas preguntas, se limita a insinuar lo que dicen ellos mismos y otros. La obra se completa con casi ochenta páginas de anexos de gran interés.

En fin, estamos ante un libro de información densa, rica y variada, que ayuda a comprender un poco mejor la complejidad de las causas y concausas que confluyen en

el motín de Esquilache, superando la interpretación economicista y la del simple complot, a la vez que recalca la vertiente americana de los motines y la implicación del comportamiento de los Jesuitas en las Indias.

Maximiliano Barrio Gozalo

ASTIGARRAGA GOENAGA, Jesús

Los ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España, Barcelona: Crítica, 2003, 279 pp.

La formación de sociedades económicas en el último tercio del siglo XVIII en España ha sido considerada por los estudiosos como uno de los principales instrumentos del reformismo ilustrado que los gobiernos de Carlos III y Carlos IV quisieron estimular para lograr una cierta modernización de la sociedad española. El principal impulsor de este movimiento fue Campomanes, quien, a partir de la creación de la Sociedad Matritense en 1775, trató de imponer un modelo de sociedad económica extensible a todo el territorio de la monarquía acorde con su ideario reformador y bajo su supervisión y control. No obstante, las maniobras del fiscal del Consejo tuvieron presente y se vieron influidas por la existencia de un precedente: la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, precursora en España de este movimiento representativo de la Ilustración, que fue fundada por un círculo de nobles ilustrados vascos a partir de reuniones y tertulias de cierto carácter científico e inspirándose en las sociedades económicas europeas. Su carácter de pionera y su organización y evolución particular, manteniendo siempre sus características peculiares y apartada del arquetipo de Campomanes, hace de la Bascongada un caso central en el estudio de la Ilustración